

Creed en los monstruos que crean

Don Cualquiera



Capítulo 1

Erase una vez una vez. Una vez mutante, una vez sin dientes, una vez sin sombra, sin forma. Aparecía en la noche, cuando todos dormíamos, y convertía nuestro pueblo en su tablero de ajedrez sin normas. Era un monstruo horrendo, o eso decíamos hasta que vimos su cabeza clavada en la fuente central.

Berta Imaggio siempre fue una muchacha retraída. Una pieza de esquinas romas en el rígido puzzle de nuestro pueblo. No encajaba, para qué negarlo, y pronto se la tomó por náufraga en este mar de lógica y buen gusto. Debo aclarar que Berta Imaggio fue una hermosura desde su nacimiento: su cara era un mosaico de simetría y su piel de un blanco impoluto, la perfección de un rayo de luz. Pero su mente... ¡ay!, su mente tenía un concepto equivocado de belleza.

Por petición del vecindario, vivió encerrada en casa, de modo que su madre era la única miserable que soportaba los impulsos antiestéticos de la chiquilla. Según contaba, Berta pasaba el día componiendo ruidos en armonía anárquica, pintando las paredes de colores vulgarmente combinados y moviendo muebles por toda la casa en un orden indecoroso. El resto nos compadecíamos de la pobre señora Imaggio, pero ignorábamos que pronto conoceríamos su sufrimiento muy de cerca, pues Berta se escapó de casa.

Yo me encontraba en mi azotea, atisbando con binoculares los horizontes de la pampa, cuando un movimiento cerca del castillo abandonado atrajo mi atención. Fue así que la vi, Berta Imaggio, exiliada, adentrándose en un torreón a través de una grieta en la piedra.

Esparcí la noticia por el pueblo, pero nadie, siquiera su madre, quiso traerla de vuelta. Desde entonces, empezó a fabularse la imagen deshumanizada de la pequeña Berta. Se convirtió en un engendro totalmente contagioso que borró de nuestras cabezas la remota intención de acercarse al castillo.

Al poco tiempo, todo empezó a alterarse. Por culpa de esa lo que sea en que se convirtiese Berta Imaggio, las mañanas vinieron acompañadas de desorden.

Las flores blancas de los jardines centrales amanecían pintadas de colores, un espectáculo desagradable para cualquier ojo decente. Los setos en forma de cubo, los preciosos setos en forma de cubo, despertaban sin ser cubos, porque al engendro le venía en gana podarlos con formas de animales: ciervos, elefantes, canguros e incluso delfines. Plantas convertidas en animales... no creo que exista espectáculo más grotesco. Y no sólo trastocaba los jardines, también disfrutaba —porque seguro que disfrutaba— meneando los edificios de un lado a otro. Cada mañana aparecían mezcladas casetas de leñadores entre los chalets, chalets rodeados de chabolas, chabolas tomando el terreno donde antes esperaba el hospital... Hace unas semanas, por ejemplo, despertaron al alcalde a

porrazos en su ventana y pidiéndole que preparase el pan, porque el monstruo —para entonces ya nadie creía que quedasen restos humanos en la pequeña fugitiva— había colocado el ayuntamiento en el lugar de la panadería. Imposible situarse entre tanto cambio. ¡Las escaleras! Las escaleras también las destrozaba. Doblaba la mitad de los escalones y los convertía en una rampa. Y ahí que teníamos que estar atentos todos, porque los niños se deslizaban por las rampas como si fuesen toboganes, pero no lo eran, y había que decírselo, que si querían toboganes se fuesen al parque. Además, los últimos días se entretuvo intercambiando semáforos por farolas, de modo que los paseos quedaban alumbrados como circos y las carreteras se convertían en coliseos de colisiones. Por supuesto que éstas fueron sólo unas pocas de sus costumbres fatigosas. Solo una bestia de un millón de años y un millón de dedos tendría tiempo y espacio para enumerar el resto.

Así, cada mañana nos veíamos obligados a despertarnos antes que los gallos para devolver al pueblo al estado de perfección y decencia que le corresponde. Lo dejábamos impecable, ordenado, clasificado, un pueblo a estrenar, como debe amanecer todo pueblo digno de ser digno. Pero de nuevo caía la noche... Las patrullas de vigilancia demostraron ser poco más que un entretenimiento para este monstruo ubicuo. El apagón por decreto se mostró útil para dejarnos sin luz de once a seis, pero también para disparar su imaginación (fue entonces cuando dio la vuelta al pueblo: sacó las tuberías y el cableado a la superficie y hundió los edificios y las calles bajo el suelo. Nos llevó el día completo recolocar tal jaleo).

En fin, en medio de la desesperación más resignada, Varsovio Gerundio, (siempre me pareció algo locuelo), aseguró que se adentraría en el castillo y regresaría con la cabeza del monstruo como trofeo para exhibirla en los jardines centrales, devolviendo así al pueblo la nobleza perdida. Mientras hablaba, la llama de la vida le brillaba en la mirada. Su cuerpo era tan fuerte como un embrujo de piedra y, para qué negarlo, había forjado una espada capaz de cercenar los infinitos cuellos de una hidra.

Lo dejamos marchar. Expectantes, le vimos entrar al castillo a través de la misma grieta en la que yo descubrí a Berta Imaggio. Desde aquel momento, una parte de nosotros lo dio por muerto.

No obstante, a la mañana siguiente sucedió algo insólito: nada. Todo seguía en orden. No hubo vecino que no saliese a la calle y tuviese que tragarse la respiración para contener la sorpresa. Indudablemente, el monstruo no había visitado el pueblo aquella noche.

Un rumor creciente nos guió a todos hacia los jardines centrales.

Clavada en lo alto de la fuente, la cabeza de Berta Imaggio nos miraba con los ojos apagados. Qué silencio recorrió los huesos de los asistentes a tal evento. Para quienes no conocieron a la pequeña, el monstruo los sorprendió con un rostro angelical; para los que supimos de ella antes que abandonase el pueblo, la revelación nos dejó sin habla: a pesar de las aberraciones que había causado en la aldea, la muchacha seguía siendo humana.

Varsovio, sentado al borde de la fuente, no dirigió una palabra al público, tampoco a la señora Imaggio, que le golpeaba los hombros y el rostro con

las palmas abiertas en un intento de calmar su llanto desgarrado. Él la miro, en un único amago de comunicación, como diciendo: <<Todos quisimos esto>>.

Durante los próximos días, el pueblo respiró entrecortado, tan sólo consolado por los amaneceres, que ahora venían sin sobresaltos. La virtud había sido devuelta.

Varsovio no volvió a sonreír. Lo veíamos deambulando con la amargura de un alma sucia por las calles impolutas. Gritaba desesperado ante la plena blancura de las flores; recorría los peldaños, angulados a la perfección, como si le cortaran el ánimo; daba la impresión de que el bendito orden de nuestro pueblo se le hacía peñascos en el estómago, y empezamos a temer, icon qué razón lo temimos!, que siguiese los pasos de Berta Imaggio.

No nos equivocamos. Desapareció. La última vez que alguien lo vio fue en los jardines centrales, arrodillado, mirando el pico donde él mismo clavó la cabeza de la pequeña Berta y compitiendo con la fuente en llanto. No hay duda de que siguió sus pasos y huyó al castillo, pues todo orden vuelve a volatilizarse en la noche.

De nuevo, las mañanas nos acechan con sorpresas, de distinta índole pero de misma esencia. Varsovio no pinta las flores como lo hacía Berta sino que las cambia por plumas de palomas, y ahí que nos miran los estambres desde cunas de plumas grisáceas y las palomas vuelan acariciando el aire con sus pétalos blancos. Convierte los setos en columnas salomónicas que requieren de un andamio vertiginoso para volver a podarlos en cubos. Los semáforos, directamente, desaparecen, y las carreteras las pavimenta de mármol liso para los caminantes, quedándose los coches encerrados en los garajes. Y no es la organización de los edificios sino su aspecto el que modifica; ayer, sin ir más lejos, mi casa despertó con forma de iglú a medio derretir.

Dicen que le han salido ojos hasta en los hombros y que todos ellos son bizcos, que las piernas se le han caído y que avanza por el castillo descolgándose por los adoquines con unos brazos como lenguas de camaleón, que come moscas y respira tierra. Dicen que Varsovio Gerundio ya ha dejado de ser humano.

Desde mi nueva ventana de hielo fundido veo a una multitud avanzando en tromba hacia el castillo. Cargan antorchas y hierros afilados, rabian en arengas su deseo de dar muerte al monstruo. Algunos se detienen, me provocan para que me una al grupo, pero yo resisto sus burlas. Es más fuerte este temor que me recorre los huesos, este frío de pensar que quien mate al monstruo se vuelva a contagiar de su locura, que la enfermedad se expanda y siga el camino que ya bien conocemos, ese camino que concluye en el castillo de los descarriados, donde el sentido común se desvanece.

Capítulo 2

Berta Imaggio siempre fue una muchacha retraída. Una pieza de esquinas romas en el rígido puzle de nuestro pueblo. No encajaba, para qué negarlo, y pronto se la tomó por náufraga en este mar de lógica y buen gusto. Debo aclarar que Berta Imaggio fue una hermosura desde su nacimiento: su cara era un mosaico de simetría y su piel de un blanco impoluto, la perfección de un rayo de luz. Pero su mente... ¡ay!, su mente tenía un concepto equivocado de belleza.

Por petición del vecindario, vivió encerrada en casa, de modo que su madre era la única miserable que soportaba los impulsos antiestéticos de la chiquilla. Según contaba, Berta pasaba el día componiendo ruidos en armonía anárquica, pintando las paredes de colores vulgarmente combinados y moviendo muebles por toda la casa en un orden indecoroso. El resto nos compadecíamos de la pobre señora Imaggio, pero ignorábamos que pronto conoceríamos su sufrimiento muy de cerca, pues Berta se escapó de casa.

Yo me encontraba en mi azotea, atisbando con binoculares los horizontes de la pampa, cuando un movimiento cerca del castillo abandonado atrajo mi atención. Fue así que la vi, Berta Imaggio, exiliada, adentrándose en un torreón a través de una grieta en la piedra.

Capítulo 3

Esparcí la noticia por el pueblo, pero nadie, siquiera su madre, quiso traerla de vuelta. Desde entonces, empezó a fabularse la imagen deshumanizada de la pequeña Berta. Se convirtió en un engendro totalmente contagioso que borró de nuestras cabezas la remota intención de acercarse al castillo.

Al poco tiempo, todo empezó a alterarse. Por culpa de esa lo que sea en que se convirtiese Berta Imaggio, las mañanas vinieron acompañadas de desorden.

Las flores blancas de los jardines centrales amanecían pintadas de colores, un espectáculo desagradable para cualquier ojo decente. Los setos en forma de cubo, los preciosos setos en forma de cubo, despertaban sin ser cubos, porque al engendro le venía en gana podarlos con formas de animales: ciervos, elefantes, canguros e incluso delfines. Plantas convertidas en animales... no creo que exista espectáculo más grotesco. Y no sólo trastocaba los jardines, también disfrutaba —porque seguro que disfrutaba— meneando los edificios de un lado a otro. Cada mañana aparecían mezcladas casetas de leñadores entre los chalets, chalets rodeados de chabolas, chabolas tomando el terreno donde antes esperaba el hospital... Hace unas semanas, por ejemplo, despertaron al alcalde a porrazos en su ventana y pidiéndole que preparase el pan, porque el monstruo —para entonces ya nadie creía que quedasen restos humanos en la pequeña fugitiva— había colocado el ayuntamiento en el lugar de la panadería. Imposible situarse entre tanto cambio. ¡Las escaleras! Las escaleras también las destrozaba. Doblaba la mitad de los escalones y los convertía en una rampa. Y ahí que teníamos que estar atentos todos, porque los niños se deslizaban por las rampas como si fuesen toboganes, pero no lo eran, y había que decírselo, que si querían toboganes se fuesen al parque. Además, los últimos días se entretuvo intercambiando semáforos por farolas, de modo que los paseos quedaban alumbrados como circos y las carreteras se convertían en coliseos de colisiones. Por supuesto que éstas fueron sólo unas pocas de sus costumbres fatigosas. Solo una bestia de un millón de años y un millón de dedos tendría tiempo y espacio para enumerar el resto.

Así, cada mañana nos veíamos obligados a despertarnos antes que los gallos para devolver al pueblo al estado de perfección y decencia que le corresponde. Lo dejábamos impecable, ordenado, clasificado, un pueblo a estrenar, como debe amanecer todo pueblo digno de ser digno. Pero de nuevo caía la noche... Las patrullas de vigilancia demostraron ser poco más que un entretenimiento para este monstruo ubicuo. El apagón por decreto se mostró útil para dejarnos sin luz de once a seis, pero también para disparar su imaginación (fue entonces cuando dio la vuelta al pueblo: sacó las tuberías y el cableado a la superficie y hundió los edificios y las calles bajo el suelo. Nos llevó el día completo recolocar tal jaleo).

En fin, en medio de la desesperación más resignada, Varsovio Gerundio, (siempre me pareció algo locuelo), aseguró que se adentraría en el castillo

y regresaría con la cabeza del monstruo como trofeo para exhibirla en los jardines centrales, devolviendo así al pueblo la nobleza perdida. Mientras hablaba, la llama de la vida le brillaba en la mirada. Su cuerpo era tan fuerte como un embrujo de piedra y, para qué negarlo, había forjado una espada capaz de cercenar los infinitos cuellos de una hidra.

Lo dejamos marchar. Expectantes, le vimos entrar al castillo a través de la misma grieta en la que yo descubrí a Berta Imaggio. Desde aquel momento, una parte de nosotros lo dio por muerto.

Capítulo 4

A la mañana siguiente sucedió algo insólito: nada. Todo seguía en orden. No hubo vecino que no saliese a la calle y tuviese que tragarse la respiración para contener la sorpresa. Indudablemente, el monstruo no había visitado el pueblo aquella noche.

Un rumor creciente nos guió a todos hacia los jardines centrales. Clavada en lo alto de la fuente, la cabeza de Berta Imaggio nos miraba con los ojos apagados. Qué silencio recorrió los huesos de los asistentes a tal evento. Para quienes no conocieron a la pequeña, el monstruo los sorprendió con un rostro angelical; para los que supimos de ella antes que abandonase el pueblo, la revelación nos dejó sin habla: a pesar de las aberraciones que había causado en la aldea, la muchacha seguía siendo humana.

Varsovio, sentado al borde de la fuente, no dirigió una palabra al público, tampoco a la señora Imaggio, que le golpeaba los hombros y el rostro con las palmas abiertas en un intento de calmar su llanto desgarrado. Él la miro, en un único amago de comunicación, como diciendo: <<Todos quisimos esto>>.

Durante los próximos días, el pueblo respiró entrecortado, tan sólo consolado por los amaneceres, que ahora venían sin sobresaltos. La virtud había sido devuelta.

Varsovio no volvió a sonreír. Lo veíamos deambulando con la amargura de un alma sucia por las calles impolutas. Gritaba desesperado ante la plena blancura de las flores; recorría los peldaños, angulados a la perfección, como si le cortaran el ánimo; daba la impresión de que el bendito orden de nuestro pueblo se le hacía peñascos en el estómago, y empezamos a temer, icon qué razón lo temimos!, que siguiere los pasos de Berta Imaggio.

No nos equivocamos. Desapareció. La última vez que alguien lo vio fue en los jardines centrales, arrodillado, mirando el pico donde él mismo clavó la cabeza de la pequeña Berta y compitiendo con la fuente en llanto. No hay duda de que siguió sus pasos y huyó al castillo, pues todo orden vuelve a volatilizarse en la noche.

De nuevo, las mañanas nos acechan con sorpresas, de distinta índole pero de misma esencia. Varsovio no pinta las flores como lo hacía Berta sino que las cambia por plumas de palomas, y ahí que nos miran los estambres desde cunas de plumas grisáceas y las palomas vuelan acariciando el aire con sus pétalos blancos. Convierte los setos en columnas salomónicas que requieren de un andamio vertiginoso para volver a podarlos en cubos. Los semáforos, directamente, desaparecen, y las carreteras las pavimenta de mármol liso para los caminantes, quedándose los coches encerrados en los garajes. Y no es la organización de los edificios sino su aspecto el que modifica; ayer, sin ir más lejos, mi casa despertó con forma de iglú a medio derretir.

Dicen que le han salido ojos hasta en los hombros y que todos ellos son bizcos, que las piernas se le han caído y que avanza por el castillo

descolgándose por los adoquines con unos brazos como lenguas de camaleón, que come moscas y respira tierra. Dicen que Varsovio Gerundio ya ha dejado de ser humano.

Desde mi nueva ventana de hielo fundido veo a una multitud avanzando en tromba hacia el castillo. Cargan antorchas y hierros afilados, rabian en arengas su deseo de dar muerte al monstruo. Algunos se detienen, me provocan para que me una al grupo, pero yo resisto sus burlas. Es más fuerte este temor que me recorre los huesos, este frío de pensar que quien mate al monstruo se vuelva a contagiar de su locura, que la enfermedad se expanda y siga el camino que ya bien conocemos, ese camino que concluye en el castillo de los descarriados, donde el sentido común se desvanece.